

Retratos sin artificio

Vincenzo
di Vibonati

BAICA DAVALOS

El día que un muchacho de una decena de años, los ojos avisoros, el paso tranqueado, se apió de su burro para —aferrado a la sólida mano de su padre el inmigrante— luego de haber descendido de los cielos de Canoabo, por cuyas calles arenosas, el caballo del tirano Aguirre —llevando a su jinete descabezado, arrastraba su espectro nocturno para asustar a los chiquillos— a la poesía venezolana le ocurrió un accidente. A partir de aquel día —porque los ojos del muchacho fueron descubriendo con creciente perplejidad, el automóvil que transportaría a toda la familia hasta el Puerto, el oleaje rompiendo en los malecones del Castillo, esa inmensa plancha color Rubén Darío, destellando al sol, y por ahí, —mucho más inmenso que la mar que lo hacía balancear el barco (el paquebote dirían las crónicas de la época) que lo llevaría a Italia— desde ahí mismo —repito— la poesía venezolana ingresaría en el mundo quitándose el miriñaque cuya acepción venezolana la da Larousse por; **chanchullo** en Venez., sentido también válido para el caso) de su falda y calzó los pantalones de montar en verso libre, "sin bridas y sin estribos", un viernes del cual ya comenzó el recuerdo. Por su parte el mocetón no se repuso jamás del asombro: desde entonces sus ojos de volador alucinado (no hay alucinación al ave que a Poe se le fue a instalar sobre la testa de Palas Atenea) se adiestraron en una sorprendente diversidad de miras; unas para la mera averiguación de la índole del mundo físico donde pervive; otras, refulgentes, (cuando sus ojos cobran la intensidad retratada en láminas de zoología, con la cual expresa su sobresalto el lemur, nuestro ascendiente nictálope) destinadas al para otros invisible corro de duendes, ánimas y vestigios, que le asechan y obligan a encender un cigarrillo ritual, para aventarlos y mermar el julepe del alma; otras en fin, que a sí mismas se juzgan arrebatadoras del ánimo de doncellas del Sandro Boticelli, vistazos capaces de descubrir hasta el más mínimo tilde, virgulilla, coma o apóstrofo, zedilla o verderón, existente en el alado texto que describe a sus Consuelos y Beatrices, Andreas y Dulcineas de sus páginas de amor, sopetones del alma en los cuales cae como Don Alonso Quijano o Don Hamleto di Danimarca o a Don Palmerín d'Anglaterra. Mediante la aplicación de estas fórmulas perceptivas, el muchacho Vicente Gerbasi se manifiesta variamente en la inocente seguridad intuida entre tinieblas y visiones esplendentes con un "... venimos de la noche y hacia la noche vamos". Instantáneas (como se decía de las fotos por los años treinta o retratos, como aún en esta época del lasser, Marcelino Madrid osa nombrar a las fotografías) tomadas en su casa de las Cumbres de Curumo, por este retratista desventajado y otros no menos falibles, de compañeros jocundos de sus **days of wine and roses** — muéstranlo, verbigracia, resplandeciente de incontenible deleite al apreciar cuán profunda perplejidad anada a sus acólitos, al enterarse por susurros de la familia que en casa del poeta está alojada un eminente miembro de la OPEP, quien amenaza con su inminente aparición ante los comensales. Y el asunto cobra su mayor expectativa, cuando el buen señor se hace presente en brillante atuendo de mustafá, mas curiosamente —calza no las babuchas de Alí, sino los zapatos negros muy semejantes a los del dueño de casa y mucho más curiosamente cuando luego de farfullar una zalema digna de una reproducción de la Metro sobre Los Viajes de Simbad, resulta que la expresa en un tono de voz carraspeadamente parecido al del poeta. Pero el desiderátum sucede cuando ya Vicente, no aguanta más la hilaridad que le produce su supuesto engaño o representación y se apresura a descifrar el intríngulis, satisfecho como un Falstaff de la lengua, lanzando alguna imprecación en cristiano condenando el que se está dejando escapar el elemento galés en la reunión.

Divertidísimo cronista oral de sus varias vidas de nocturno gato poético, es sabrosísima la charla que surge, cuando, encendido el primer cigarro, procura el primer escocés. Fiel como poeta a la importancia mágica del rito: entrará en la liturgia del convite, no permitirá que se rompa una sola de las reglas del juego: por tanto escanciará los primeros licores de botella abierta para los penates y ausentes, elevará el vaso en cada ocasión que sea discreto y gentil hacerlo —acostumbrado como está a departir con reyes y respetables campesinos princesas y altas jerarquías tanto legas como religiosas y aguardará con cierta impaciencia que se propicio el momento para dar a conocer un nuevo, breve, acerado y lírico poema. Llenados los ritos del caso, aclaradas las gargantas, puestas a buen guardo las nietas y tranquilizado Skool, quien hace rato rodea la mesa gimiendo en pos de un bocadillo que excita sus jugos gástricos, el relato comienza. así este traidor de espía en rol de fotógrafo se ha enterado de hechos portentosos en la vida del modelo para un retrato al que se le entrega demasiada ternura para obtener algo fidedigno a la manera de —digamos— un Plutarco, un Tucídides, un Augusto, Un Graves, un Szweig, un Ludwig. Y allí caen, con palabras de cetrería que no dejan ave fuyendo, cual cobardes por el movable ámbito de Eolo, historias de escolares y áni-



mas, de preceptores distraídos y fámulas funambulescas que por medio de la engolada vozarrona de nuestro huésped, resquebrajada por los lanzazos del Negro Primero, relatan de aparecidos en las crepusculares quintas, vestidos con la ropa de papá Gerbasi, fumando un tabaco del emigrante y echando chispas por dos rendijas de una calabaza colocada afuera de cabeza con sombrero y todo; de las ásperas colinas rocosas de Vibonati donde los detritus producidos por varias generaciones de cabezas de zanahoria —que un profesor al estilo de esos tiempos en los que los hombres aprendían de verdad, (es decir adquirían conocimientos sin temor a la psitacosis)— soportaba como pensionsita, habían producido un Himalaya de heces petrificadas por el sol, el frío y el viento que se colaba iracundo por el agujero donde ubicaba sus posaderas el párvulo; historias en fin, que una gaya ciencia expresa con la máxima economía de recursos verbales para dejar espacio a las acotaciones gestuales y picarísimas muecas enrazadas en la vis cómica del poeta, heredera directa de aquel arte cuyo monumental ejemplo fuera Bocaccio.

Mas como se dice que donde las dan las toman, cierto es que el poeta Gerbasi, extraordinario narrador de fábulas y encantamientos, ha sido a su vez víctima de no pocos trastrueques del tipo de aquellas que el miserable de Merlín le vivía urdiendo al Caballero de la Triste Figura. Por mal de estos males — desde aquel endiablado Job Pim que llenó las páginas de una Caracas que aún no se tomaba muy en serio, de risas y carcajadas, mofas y sainetes, hasta los autores del Morrocoy o de La Pava, no olvidaron usar el proverbial don de equívocos de que gozaba y todavía huelga el poeta. Semejante a aquel célebre profesor Spooner, Director del New College de Oxford, cuyas asombrosas transposiciones de palabras y letras dieron al diccionario inglés el término **spoonerism**, que significa "una transposición accidental de los sonidos principales u otras partes, de dos o más palabras en una oración", ejemplificado en un texto de Julián Huxley (*On Living a Revolution*, Chatto & Windus, London, p. 90, 1945) que dice: "Hallándose Spooner con su bella esposa en Suiza, luego de haber hecho acopio para esas vacaciones de todo cuanto se refiere al comportamiento de los glaciares, le ocurre a la pareja demorar su regreso al hotel, más allá de la ansiosa espera de sus amigos. Cuando finalmente reaparecen el profesor explica a su atento auditorio de colegas: "—nos adentramos en aquel glaciar y repentinamente al volver el recodo de unas rocas nos encontramos completamente rodeados de **erotics blacks** (negros eróticos) que significaba **erratics blocks** (bloques erráticos muy frecuentes en los glaciares durante el deshielo) en lengua spoonérica.

La digresión —además de mostrar un aspecto simpatiquísimo propio de los hombres demasiado profundamente interesados en materias abstractas (Spooner era un eminente biólogo)— facilita al retratista un aspecto paralelo bien conocido de su retratado. A saber que —descotado el muy famoso invento de Leo acerca de Márquez Cañizales y Cañizales Márquez— este cronista es testigo de uno de los más encantadores trastrueques protagonizados por su gran amigo. Había por ahí uno de esos tantos congresos de escritores o seminario literario al cual asistían una cantidad de escritores y críticos extranjeros. El poeta Gerbasi llegó a casa de Juan Liscano, quien recibía a los miembros del congreso (o lo que fuere) y cuando la puerta se abrió pudo ver en el tumulto de una sola vez y simultáneamente disponerse a saludarlos a Mario Vargas Llosa y a Emir Rodríguez Monegal. Abrazando emocionadamente a Mario veía detrás a Emir sonriéndole y haciéndole cola para el abrazo. Y entonces nuestro gran spoonerista dijo a Mario: "—¡caramba Emir! y acto seguido, abrazado a Emir exclamó. "¡Oye Mario, qué bueno"—.

Que por esta sarta de intromisiones en el carácter de sus retratados le sea perdonada al plumífero su propensión a los chismes, es cuanto desea quien esto firma, pues lo hace con amor y sinvergüenzura, para deleite de los íntimos y aviso de los generales. Un poeta es tan inaprehensible como el gas que respiramos y él nos da ante todo, el anhelo al alma que mueve al cuerpo a inspirarlo como alimento de este vano esfuerzo llamado vida.